

ESTABLO

Mientras estaba limpiando las hierbas de la cuadra, Domingo se dio cuenta que uno de los dos bueyes estaba medio torcido. “Qué le pasará, ¡qué le pasará!”. Los bueyes solían estar mirando hacia la pared que estaba junto a la cocina. Los preciados dos bueyes, los que tanto ayudaban en las tareas del campo. Toda la familia los apreciaba, pero Domingo... Domingo amaba aquellos bueyes. Los trajo él desde el caserío donde nació. Aquello mostraba su poder. Y ahora se había encontrado con uno de ellos torcido; aunque estaba quieto parecía que andaba cojo. ¡Algo increíble! Domingo miró a un lado y a otro buscando ayuda.

Seis ovejas y una vaca. No vió a nadie más. Había mucho espacio en la cuadra, era un espacio de mucha armonía donde los animales se protegían en un ambiente cálido. Ellos calentaban la casa entera. Seis ovejas y una vaca. Sí, amaba aquellos animales, pero en ese momento se sentía solo. Domingo cogió un pequeño tronco y lo puso al lado del buey. Se sentó y acarició la pierna del buey sin saber muy bien qué estaba haciendo. El buey hizo un gesto, a Domingo le pareció ver una medio sonrisa.

Para cuando se dió cuenta Domingo tenía a su lado a las seis ovejas. Acariciándose unas a otras y acariciando al buey. Domingo sonrió. No, no estaba solo. Todo estaba en calma, todo tranquilo, hasta que el otro buey, el que parecía que estaba bien, mugió celoso. Domingo le dió un golpecito en la parte trasera, dulcemente, diciéndole que estuviera tranquilo, que no se olvidaría de él. Y en ese momento, en ese instante, un pequeño ratón cruzó corriendo y deprisa la cuadra de lado a lado. Alteró a las ovejas, a la vaca y a los bueyes. El ratón puso firme a quien estaba recto y le quitó las ganas de querer tumbarse a quien parecía que cojeaba...